Te amo,  pero  te mato 22/11/2013

Liuba Kogan

Investigadora de la Universidad del Pacífico

Los crímenes pasionales entre miembros de parejas de novios, amantes o esposos no nos son ajenos. La prensa nos tiene acostumbrados a noticias de toda calaña, que plantean a los celos como motivo principal del delito: “usaba minifalda”, “miraba a otro”, “tenía un amante”, “salía a fiestas” y un sinnúmero de situaciones que al parecer desatan pulsiones destructivas difíciles de controlar para los victimarios.

Así, son las mujeres quienes por lo general aparecen como las víctimas de hombres despechados, heridos en lo más profundo de su masculinidad y llenos de ira debido a que sienten que algo se les escapó de control, porque consideraban a la pareja como un objeto de su total propiedad.

Sin embargo, otro tipo de crímenes pasionales nos sacude en los últimos tiempos: el de hijos que matan a sus padres. Si bien no contamos con estadísticas que nos permitan afirmar que los parricidios han aumentado a lo largo del tiempo, lo cierto es que la prensa nos los presenta con el mismo estupor con el que se mostraban los crímenes de parejas: ahora son titulares.

Si antes resultaba un escándalo imaginar el desamor en el seno de una pareja idealizada por la literatura edulcorada de la década de 1950 (donde la mujer debía ser sumisa y amorosa a pesar de cualquier maltrato), hoy nos sobrecoge la idea de que entre padres e hijos se puedan albergar sentimientos de odio.

La publicidad nos llena de tiernas imágenes de amor compartido entre familias. Sin embargo, la realidad no siempre resulta ser un remanso de paz, amor y felicidad.

Si bien es cierto que algunos crímenes pueden desencadenarse por graves desórdenes de salud mental –como la esquizofrenia–, muchos parricidios pueden deberse a condiciones socioculturales a las que no estamos prestando atención, pero que nos ayudarían a entender por qué algunos jóvenes no se quedan con la fantasía de la muerte de sus padres cuando tienen ira, sino que terminan asesinándolos.

Algo muy evidente es que la autoridad que ejercían los padres sobre los hijos se ha deteriorado: los padres han bajado (o se han dejado bajar) de los pedestales desde los que imponían la ley. Hoy los jóvenes negocian con los padres las normas, las transgreden sin problemas o las evaden.

Y los padres no saben muy bien qué hacer, porque supuestamente la sociedad les exige ser “excelentes y comprensivos”. Por otra parte, los jóvenes se ven sobrecargados de deseos impuestos por la publicidad, las redes sociales o los amigos.

Es decir, el deseo en los jóvenes es enorme, urgente y permanente. Sienten que para ser alguien deben conseguir lo que desean inmediatamente: han perdido la capacidad de espera y se han llenado de la exigencia de gozar y ser felices sin fin.

No es de extrañar, pues, que entre múltiples detonantes psicológicos, la sociedad contemporánea esté fabricando jóvenes parricidas con una avidez irrefrenable de satisfacer los propios deseos y en ausencia de normas claras.